

GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique, *Tempestad en el tiempo de las Luces. La extinción de la Compañía de Jesús*, Madrid, Cátedra, 2022, 545 pp.

La dilatada trayectoria investigadora de Enrique Giménez López nos ha deparado ya un elenco de estudios, de autoría personal en muchos casos, como editor de obras en otros, sobre la temática jesuítica en el siglo XVIII. Y sigue desgranando piezas de enorme interés, en este caso documentales, a través del blog “El tiempo de los modernos en el siglo XVIII”. Insistir en la presente obra sobre el periodo en que estuvo extinta la Compañía de Jesús (1773-1814) como una obra de madurez es una obviedad en relación con la labor de este historiador, pero adquiere aún más pleno sentido al tratarse de un tema crucial en la España, y en la Europa (no sólo católica), del último tercio del siglo XVIII, que aborda en mucho más que una simple monografía. Tras las páginas de este voluminoso libro subyacen varias décadas de trabajo sobre esta apasionante temática, de manera que el resultado obtenido no hubiera sido posible con un abordaje puntual del tema, sino como experiencia deudora de un bagaje intelectual que sólo él puede aportar al análisis de las fuentes y la bibliografía al alcance del investigador. Se trata, por tanto, de un tema abordado como historia total.

Si la historiografía ha prestado un interés especial al proceso contra los jesuitas en distintos países, que tiene como expresión más clara el extrañamiento, la extinción de la orden constituye un hecho crucial, un deseo prioritario desde 1767, que se revaloriza en este libro. En realidad, las cortes borbónicas y Portugal, en una unidad de acción no carente de fisuras, hicieron una causa común de la expulsión y de la extinción de la orden ignaciana. Una se justificaba con la otra y viceversa, como la pescadilla que se muerde la cola. Porque son decisiones complementarias emanadas de dos fuentes de autoridad: los monarcas absolutos, por un lado, y el papado, por el otro. Todo ello se puso en evidencia con el monitorio papal contra Parma (1768) sobre inmunidades eclesiásticas, que conllevó como respuesta la captura de enclaves papales en Francia y Nápoles. Las potencias europeas temían que sus decisiones sobre la Compañía de Jesús fueran reversibles si no contaban con un decidido respaldo papal, como de hecho acabó ocurriendo, tempranamente en Dos Sicilias (1804), con un camino previamente allanado hacia la recuperación jesuítica en Portugal, Parma o Cerdeña y el reconocimiento oficial de la Compañía en Rusia, y más tarde en toda la cristiandad (1814, bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum* de Pío VII). De ahí su obstinación en esta causa. Queda claro que tan drásticas medidas generaban miedos e incertidumbres, y de manera especial las que correspondían al sumo pontífice, que siempre se halló entre dos aguas. Tal era, dicho sea de paso, la complejidad de la Iglesia, su interno equilibrio de poderes, el contraste entre su dimensión universal y su arraigo local...

La lógica temporal articula los quince capítulos de esta obra que no arrancan, sin embargo, del acontecimiento fatídico para la Compañía de 1773 —extinción

notificada al general de la Compañía de Jesús el 16 de agosto de ese año y llegada a Manila en julio del año siguiente—, sino a partir del mismo momento de la expulsión de España (1767). En cuanto a la extinción Enrique Giménez dibuja con sutileza el prodigioso itinerario de entrevistas de quien sin duda logró hacer realidad el golpe, José Moñino —al poco premiado con el condado de Floridablanca— con el siempre esquivo, ambiguo, Clemente XIV, entrevistas más espaciadas al principio y más frecuentes al final del proceso (capítulos 5 y 6), plasmando una contextualización muy bien trazada que deja traslucir el dominio del autor en aspectos tales como el declinar de la orden ignaciana durante el Setecientos, las conjuras que sirvieron de excusa para su persecución, los procesos contra ellos en países borbónicos y en Portugal, la expulsión de los diversos reinos, el periplo de los expulsos (en este caso, los españoles) hasta llegar a suelo italiano y, en general, la diplomacia europea del momento que hizo del *affaire jésuite* un punto fundamental.

La principal aportación de la obra en su conjunto consiste en arrojar luz sobre esas más de cuatro décadas de una Compañía de Jesús soterrada, nunca destruida, ordenando todos los acontecimientos, analizando con detalle los que son más conocidos sin desprestigiar aquellos otros sobre los que la historiografía ha pasado de puntillas. De este modo, el lector aprecia el esfuerzo por desvelar fenómenos tales como extrañamiento, complot y pesquisa, “conspiración diabólica” de filósofos, jansenistas y francmasones con resabios calvinistas (capítulo 10), culpabilización e inocencia, penalidades y penurias, providencialismo y mesianismo, *monita secreta* y “sistema oculto” de los jesuitas, agravios, vejaciones, solidaridades y esperanzas, retractaciones y sospechas de envenenamiento (papal), clandestinidad y detenciones, correspondencia, confidencias y noticias de todas las partes del mundo, viejos desencuentros y nuevas deslealtades, detractores y “terciarios”, pautas educativas y misionales, disputas entre órdenes religiosas, denuncias de laxismo y fanatismo, doctrinas y refutaciones, actuaciones en Europa, en América y en Filipinas, en el Lejano Oriente, la razón de Estado (en concreto, la pretendida incompatibilidad del instituto ignaciano con el estado), confesiones, creencias y devociones, visiones de monjas, remordimientos, tratados apologeticos, pasquines y gacetas, sátira y profetismo, filtraciones, chismes y rumores, sí rumores sin cuento. Todo ello la hace muy interesante también para el conocimiento de la vida cotidiana, en especial la del exilio jesuítico.

Por supuesto, Enrique Giménez ha buceado en los fondos documentales del Archivo Histórico Nacional (Estado), del Archivo General de Simancas (Estado), del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Santa Sede), de la Biblioteca Nacional, y cruzando el mar, del Archivo Apostólico Vaticano o del Archivum Romanum Societatis Iesu, pero también en otros más particulares como el de Campomanes, el de Loyola o el archivo jesuítico de la Provincia de Toledo. Quiero subrayar con esto su capacidad para presentar fuentes diversas y aún contrapuestas, como pueden ser, por su radicalidad, la visión de los

asuntos diplomáticos romanos de José Nicolás de Azara, agente de preces en la embajada española de Roma, o la de Manuel Luengo, el más prolífico diarista de los jesuitas en el exilio, tenaz y cascarrabias a la vez.

El análisis del año 1769, en que se fortalece la estrategia diplomática en pro de la supresión de la orden en torno al cónclave, se presenta con una minuciosa radiografía de los cardenales participantes, que llevó al solio pontificio al franciscano Ganganelli tras 185 votaciones (capítulo 3) y cuyos entresijos eran un secreto a voces, así como el del año 1773, en que al fin se logra de éste el breve (que no bula) de extinción *Dominus ac Redemptor*, con un seguimiento prácticamente semana a semana. En otras fases del proceso no se puede afinar tanto, lógicamente. Y en este terreno la labor de historiar se recrece dando contenido a décadas que la bibliografía al uso dejaba generalmente ayunas de noticias, recurriendo ahora a fuentes primarias a la vez que exprime con soltura una bibliografía más particular y dispersa.

Por eso, de las páginas de esta obra emergen personajes principales y secundarios, laicos y sobre todo eclesiásticos, siempre bien perfilados, medidos en sus fortalezas y debilidades, como son los reyes (sin olvidar el papel esencial en la resistencia jesuítica de Federico II o de Catalina la Grande) y en especial los papas, con un excelente trazado vivencial de Clemente XIV (y su entorno más inmediato, comenzando por su confesor Buontempi o el comerciante Bischí y su esposa, frivolidades incluidas) o de Pío VI, cuya relación con las cortes europeas resalta en esta obra como un mar de desconfianzas para los príncipes y los propios jesuitas: “no es este gran Papa que esperábamos”, escribirá Luengo. Con un trato preferente y sagaz delinea la personalidad de los embajadores que impulsaron el proceso contra los jesuitas, como Bernis, Moñino y Orsini, de las autoridades de los distintos estados, católicos o no, y su toma de postura, como Grimaldi y Roda, Pombal, Tanucci, Choiseul, Du Tillot o Torrigiani, y en general también la presencia de gentes sencillas que tuvieran algo que decir en este proceso, empezando por muchos jesuitas y en ocasiones simples personas que opinan y vaticina sobre la Compañía de Jesús y su destino. Por supuesto, en las décadas finales del siglo luce con luz propia la intelectualidad jesuítica española en Italia, en una realidad cotidiana que se movía entre la incomprensión (e incluso rechazo) y la fama y reconocimiento que se les confería.

Sorprende a la luz de los testimonios documentales el profundo nivel de conocimiento del concierto internacional que siempre tuvieron los hijos de San Ignacio, y más en aquella coyuntura tan desfavorable para ellos. Y a la vez el lector puede reconocer la firmeza de posturas de algunos monarcas, con la paradoja de que la orden más emblemática del catolicismo resultara amparada por algunos príncipes protestantes u ortodoxos, las dudas y el pragmatismo de Austria —a la que tanto insistían los monarcas borbónicos—, Prusia y Rusia, confiados en la eficiencia educativa de los jesuitas, hasta propiciar brotes verdes para la maltrecha Compañía de Jesús, más aún con el noviciado de Polock

(Pólotsk), por no hablar de la recelosa actitud de la Santa Sede, presionada hasta límites insospechados que incluían el fantasma de un concilio general, represalias militares y sobornos, o despertaban, no sin sonrojo, la acusación de simonía nada menos que en la elección papal. Y eso que el papa Clemente XIV dilataba la decisión fatal, ora por viajes y asuntos de salud o por demora en el nombramiento de cardenales, ora con la espera del pronunciamiento del Imperio sobre el tema, la devolución de Aviñón y Benevento, la culminación de la causa de Palafox o la propuesta de una reforma de la Compañía. En este sentido los jesuitas nunca perdieron la esperanza: primero de un pronto regreso a España; después, de la restitución de la orden), con llamativos vaticinios que las autoridades españolas achacaban a la estrategia “intimidatoria” de la Compañía. Y, pese a las lógicas deserciones, en general mantuvieron el espíritu de cuerpo (aunque reducidos a abates, presbíteros), pese al ostracismo y la “ley del silencio”, pese a la indiferencia con que llegaron a ser tratados (unos jesuitas por otros, como a menudo denunciaron los españoles de los italianos en los años previos a la extinción). Tampoco olvida, por tanto, el drama de los “otros” extrañados, los secularizados por propia voluntad y los casados. En cualquier caso, los jesuitas defendieron su verdad y el paso del tiempo les premió con la restitución de la orden. Pocos, muy pocos y cargados de años, llegaron a ver ese día de triunfo. El propio Fernando VII de España se encargó de recabar apoyos de todo el tejido social hispano, restableciendo finalmente la Compañía en mayo de 1816. Y si el dictamen fiscal de Pedro Rodríguez Campomanes pasa por ser el vademécum de la culpabilidad de los jesuitas, el del fiscal Francisco Gutiérrez de la Huerta se convirtió en el de su inocencia (capítulo 15).

Ilustrada y conservadora a la vez la actitud de muchos jesuitas, por convicción o como fruto de las circunstancias, llegaron a ligar de una forma rotunda el proceso de acoso y derribo sufrido con el cambio de los tiempos; y en ese contexto se reforzaba aún más si cabe la visión que habían ofrecido de un Carlos III “inocente engañado”. Porque en realidad atisbaron en el proceso soportado en sus propias carnes un ataque frontal contra la Iglesia, cuya primera víctima fue la Compañía de Jesús, y la Revolución Francesa vino a darles la razón, sobre todo cuando se verificó la invasión napoleónica de Italia en 1796 (capítulo 14), vista incluso como un castigo de las potencias que habían fraguado el mal de los jesuitas. Un mundo cambiante se movía bajo sus pies y logró mover a compasión a las autoridades españolas que permitieron, de forma fugaz, el regreso a España de los jesuitas entre 1797 y 1801. Sus puntos de vista son discutibles, pero no esa intuición de que se abría una etapa completamente nueva, la época contemporánea, que a ellos les cogió en el ojo del huracán, bien sea en la Europa napoleónica, bien en la América de las emancipaciones.

Así, bajo las maniobras diplomáticas o las percepciones jesuíticas late todo un mundo de posturas encontradas, donde lo racional se da la mano con lo irreflexivo, el realismo con el idealismo, la resignación con la pasión. Esta

dialéctica está presente desde el mismo momento de los acontecimientos, pero lo más curioso es que se perpetuó en el tiempo y aun se recrudeció en medio de las tensiones políticas y sociales entre el conservadurismo (a veces reaccionario) y el liberalismo más avanzado. Esta fue, a mi juicio, la triste historia de un debate que atravesó todo el siglo XIX y parte del XX, tejiendo enconos difíciles de resolver y con claras implicaciones políticas. El juego entre inculpación y exculpación debe quedar atrás y ello sólo es posible aportando estudios hechos con rigor y amplitud de miras.

Y aquí reside un mérito añadido de esta obra: la capacidad de capear el temporal del maniqueísmo que tradicionalmente agita las aguas del estudio sobre los jesuitas en aquella encrucijada dieciochesca. En un lienzo pintado en blanco y negro, afloran los más diversos matices de grises. En un campo minado para el historiador, con frecuentes trampas incluso en la documentación, aplica con rigor la crítica de fuentes y, sin renunciar a ninguna, las incorpora a su discurso histórico en la justa medida. Se trata de los entresijos del oficio de historiador, donde pesa con solvencia el indicado bagaje del autor y, por supuesto, el manejo contrastado de una amplísima bibliografía, de autores de muy diversa procedencia, en la que se encuentran obras clásicas junto a las más actuales. Desde luego, en un campo temático de grandes aportaciones en distintas épocas no todo está dicho. La obra de Enrique Giménez es buen ejemplo de ello.

Al cabo, apreciamos la vía más acertada para historiar, que no es otra cosa, bajo mi punto de vista, que exponer y explicar los hechos, hacerlos comprensibles, vadeando intereses espurios e incluso añagazas emocionales. La vieja controversia entre los unos y los otros poco puede añadir ya a este campo de investigación histórica. La sensatez, ese sentido común que solía reclamar Domínguez Ortiz para la labor del historiador, es hoy la vía más acertada. Y, desde luego, requiere maestría, destreza para esquivar visiones más o menos manipuladas (a veces burdamente), habilidad para interpretar las palabras y los silencios, capacidad de saber leer entre líneas y pericia a la hora de contextualizar cualquier hito histórico en un marco más amplio, usando a la vez lentes reductoras y amplificadoras. Y eso, lo juzgará el lector, es lo que creo que ver en esta obra sobre el periodo de extinción de la Compañía de Jesús.

*Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz*